

# Lo que sea de cada quien Aquella novia cubana

Vicente Leñero

La conocí en La Habana en 1955, durante una reunión de estudiantes. No era hermosa pero sí muy alegre. Se llamaba Zeida Rodríguez y nos amistamos en los tres días que duró el encuentro. Luego ella vino a México con una amiga y en compañía de Tarsicio García, hoy historiador, paseamos los cuatro: el concierto en Bellas Artes, el Castillo de Chapultepec, el autocinema de Avenida Universidad.

Cuando Zeida regresó a La Habana compartimos un prolongado carreo que desde el punto de vista de ella tenía visos de noviazgo. Mi hermano Armando me alertó:

—Eso no tiene sentido. No le des esperanzas. Córdala de una vez.

Decidí hacerlo personalmente cuando me dieron una beca para estudiar en Madrid. Haría una escala de avión en La Habana y le pediría que todo quedara en amistad. No me atreví de inmediato porque ella, feliz, me trató como a un novio formal. Me presentó a su madre viuda —vivían en una casa pequeña pero flamante—, me invitó al teatro, a cenar en un restorán de postín, mientras hablaba y hablaba de una Cuba ardiendo por la guerrilla de Fidel: ella militaba en un grupo urbano de la clandestinidad y estaba segura de que derrocarían a Batista.

Hasta que me acompañó al aeropuerto de donde yo volaría a Madrid le solté aquello de mejor lo dejamos en pura amistad.

Los ojos de Zeida se abrieron entonces como flores y se soltó llorando. Llorando la despedí en la sala de abordaje. Me sentí un canalla, pero libre.

Transcurrieron 16 años sin saber nada de Zeida Rodríguez.

En 1973, Julio Scherer García me envió a Cuba a realizar para *Excélsior* una serie de reportajes en el vigésimo aniversario del asalto al Cuartel Moncada.

—¡Para la primera página de *Excélsior*! —enfaticó Julio manoteando sobre mi espalda.

Me aterraba el compromiso. No me sentía capaz de realizar entrevistas a todo mundo ni de hurgar en el complejo panorama de la Cuba de Fidel Castro. Vaya compromiso mayúsculo.

Pensé entonces en Zeida Rodríguez como primera informante, apenas me instalé en el hotel Capri. Bajé a la recepción y pedí un directorio telefónico. Busqué en la R... Sí, seguía viviendo donde mismo. La llamé.

—¿Puedo ir a verte?

Su sorpresa era mayúscula cuando llegué al barrio de Marianao en un taxi prehistórico huyendo del edecán-policía al que habían encomendado mi vigilancia.

La pequeña casa se veía sumamente deteriorada, me dio lástima. Plantas marchitas, muros escarapelados, muebles vencidos, y aparatosos polines y vigas sosteniendo el techo de la sala —herido por el ciclón del 72— que aguardaba la fecha de reparación urgente, programada por el poder local con repetidos aplazamientos.

También Zeida —su madre había muerto— se veía deteriorada, en bata: pálida, ojerosa, enflaquecida. Sufría además una pierna enyesada por culpa de un accidente.

Sin que yo le preguntara me dijo que no se había casado. Yo sí y tenía cuatro hijas, le respondí con orgullo.

Apenas le empezaba a explicar que me había convertido en periodista y cuál era el motivo de mi presencia en Cuba, ella estalló como una bomba *molotov* de aquellas de los insurgentes:

—Eres un canalla tú, sí, tú. ¿A eso viniste nada más, después de tantos años?, ¿a espíarme?, ¿a ver qué tan fastidiada estoy?, ¿a criticar a mi país como hacen todos los



Manuel Almagro Urrutia, *Raíces habaneras*

periodistas extranjeros? Pues te equivocas, chico. Yo estoy mejor de lo que piensas. Ahora tengo lo que no hubiera tenido con Batista: un doctorado en bioquímica y doy clases en la universidad y estoy preparando un libro de texto para el Centro Pedagógico. Antes, las muchachas como yo sólo podíamos aspirar a trabajar de secretarías en un despachito. Y sí, mi país está pobre, tanto que yo no puedo comprarme más que un par de zapatos al año, pero qué importa si puedo desarrollarme en lo mío y si gracias a esta pobreza ahora casi todos tenemos lo mismo. Yo estoy orgullosa de la revolución y tú no tienes derecho a escribir de lo que no has vivido.

—Pero Zeida, yo nada más...

—Eres un canalla, chico, eso es tú lo que eres. Ni una carta recibí en cuántos años, ni una sola, y ahora apareces como un santurrón a preguntar lo que no te importa, a fisgarme como a un gusano de laboratorio con esos ojos de lástima. No. Vete de aquí. Vete con tu cámara y con tu libreta y con tu falso interés.

—Pero Zeida.

No logré calmarla. Salí aporreado, dolorido.

Luego respiré hondo y eché a caminar muy despacio por la acera observando las casas parecidas a la suya: descoloridas, rotas.

Llegué a la esquina cuando empezaba a oscurecer. Ahí me detuve a esperar una guagua que tardó una eternidad. **U**